

## Introducción

¿Qué podemos decir del psicoanálisis, después de haber hecho de él nuestra principal actividad durante más de sesenta años? El objetivo de este libro es responder a esa pregunta.

La primera parte propone una mirada retrospectiva sobre el movimiento freudiano, que retoma sobre nuevas bases la historia singular de los inicios del psicoanálisis. El hecho es que este apareció en la escena del mundo como un movimiento, una causa que era preciso defender. Sus primeros partidarios, que se congregaron en torno de Freud a partir de 1902, eran marginales y veían su descubrimiento del inconsciente como el instrumento de una liberación del individuo e incluso de la sociedad. El reconocimiento académico llegó más adelante, bajo la égida de Bleuler, por la vía de la clínica psiquiátrica de la Universidad de Zúrich. Desde 1906-1907 ese reconocimiento provocó una afluencia de jóvenes psiquiatras procedentes del mundo entero al 19 de la calle Berggasse. Rusos, polacos, húngaros, pero también alemanes y norteamericanos golpearon a la puerta de Freud y abrieron así la posibilidad de una internacionalización del movimiento psicoanalítico.

La creación de la Asociación Psicoanalítica Internacional, comúnmente conocida por su sigla inglesa de IPA, se convirtió entonces en una necesidad y hasta una urgencia para Freud. Para su gran sorpresa, en efecto, este había comprobado que un profesional que hubiera pasado por la experiencia de un análisis personal no estaba en modo alguno protegido de desviaciones ulteriores. Ahora bien, estas podían llevarlo hasta denominar “psicoanálisis” cosas de su propia cosecha sin relación alguna con él, e incluso a volverse contra su propia enseñanza. Hacía falta un remedio. Era preciso hacerse cargo de la formación de los analistas, a fin de que nadie pudiese calificarse de tal sin haber recibido el aval de algunas mentes por encima de toda sospecha. ¿Dónde encontrar esas mentes milagrosas? Entre sus alumnos más fieles, tanto a su persona como a su obra, porque a los ojos de Freud la una era indistinguible de la otra.

Puede decirse que, desde entonces, las aporías, los dramas y las disensiones no dejaron de escandir la historia del psicoanálisis. Para estudiarlos,

he decidido comenzar por seguir el hilo rojo que nos ofrece la constitución, por sugerencia de Jones, del comité de los “paladines” de Freud. En efecto, ese comité secreto contribuyó en no pequeña medida a la transformación de la IPA en Iglesia, con sus cardenales y sus herejes. En él nos cruzaremos, sobre todo, con Otto Rank y Sándor Ferenczi, las dos principales figuras disidentes del movimiento freudiano, cuya trágica vida e innovaciones demasiado audaces nos interpelan aún hoy.

La segunda parte se consagra al núcleo mismo del psicoanálisis, a saber, la teoría psicoanalítica del eros. El lector acaso se sorprenda al constatar que comienza con una exposición dedicada a la lingüística. Pero estoy convencido de que la refundación lacaniana de los descubrimientos freudianos no puede apreciarse en su justa medida si se la separa de lo que algunos lingüistas han llamado “subversión ontológica de Ferdinand de Saussure”. Ese rodeo aparente, en consecuencia, es en realidad un atajo que nos permitirá seguir mejor, a continuación, los progresos teóricos de Lacan y su traducción en fórmulas lógico matemáticas.

Bajo la denominación de “pulsión” Freud forjó un concepto tan revolucionario como la gravitación de los cuerpos o la evolución de las especies. Su alcance radica en que permitía, por primera vez, el abordaje científico de Eros, ese dios colmado de recursos, es cierto, por su padre Poro, pero cuyas faltas provienen de la pobre Penía, su madre, que según Platón solo pudo concebirlo aprovechando el sueño de Poro para hacerse embarazar por él. Carente de los objetos que exigen acciones específicas (como la necesidad), Eros los encuentra en las locuciones y las metáforas muertas de la lengua, que alimentan nuestros sueños y nuestros síntomas, al tiempo que fecundan nuestra verborrea.

Para resolver esta paradoja fundamental del eros, a la vez carente y no carente de objeto, Freud le atribuyó un *objeto perdido*: el de la primera satisfacción. Pero entonces, ¿cómo no detenerse en el extraño fenómeno que constituye la aparición precoz del deseo? ¿Cómo puede ser que aquello en lo cual reside todo el potencial de la vida sexual surja de manera tan temprana en la vida humana, en un momento cuando es imposible satisfacerlo? ¿Y qué es ese objeto inaccesible para nosotros y hacia el cual, no obstante, nos dirigimos tanto más infaliblemente cuanto que es el del “amor y la primera dependencia”?

La perplejidad de los analistas frente a la aparición precoz de la sexualidad se hizo ver durante mucho tiempo en sus reflexiones divergentes sobre la “fase fálica”, que surge al mismo tiempo. Esas divergencias eran a la vez inevitables e insolubles. Las elaboraciones correspondientes, en efecto, se mantenían en el plano del “tener”, encerradas en la vana alternativa (en la cual se deja sospechar el origen sexual de la propia lógica aristotélica)

que opone a los que tienen el falo y las que no lo tienen. Ahora bien, hay en este caso un tercero no excluido y hasta decisivo, a saber, el hecho de que ni unos ni otras *son* el falo. Por esa vía llegamos a uno de los aportes claves de Jacques Lacan, en un momento en que la ciencia líder ya no era la biología sino la lingüística.

Al centrar el complejo de Edipo alrededor de la función de castración, inducida por la metáfora paterna, Lacan fundó el llamado deseo “genital” en una falta en ser distinta de la castración orgánica, donde las pulsiones pregenitales o regresivas encuentran sus cimientos. De hecho, al entrar en juego lo que Freud llamaba “el gran Señor Pene”,<sup>1</sup> y que en Lacan remite al objeto imaginario simbolizado por la letra  $\phi$ , las otras pulsiones se sexualizan. ¡Cosa que resulta en un pecho fálico y nalgas que lo son en la misma medida! En suma, con el edipo, tal como lo reformuló Lacan, estamos frente a un mecanismo que conserva el valor fálico pero lo acopla a otros objetos, cuya función se dilucida por ese hecho mismo. No puede exagerarse, por lo tanto, la importancia de esa versión lacaniana de la teoría freudiana de la sexualidad. He tratado, en consonancia, de presentar sus principales elementos y alcances.

La tercera parte se consagra a la saga lacaniana, que comienza con un rayo en cielo sereno. Más de medio siglo después de su creación, la IPA plantea como condición para permitir la afiliación de la Sociedad Francesa de Psicoanálisis la eliminación de los nombres de Jacques Lacan y Françoise Dolto de su lista de analistas didácticos. Esa “excomunión” inicial fue lo que impulsó a Lacan a fundar su propia escuela y tratar de implementar en ella una práctica que se ajustara a las exigencias del psicoanálisis en lo que este debe ser: una ciencia, y como tal transmisible.

Salvo que tenga más o menos la misma edad que yo, cosa que mucho me sorprendería, al lector le costará imaginar el efecto revitalizante suscitado por los comienzos de la enseñanza de Lacan, en 1951, y el valor de regeneración que ella anunciaba. Puesto que en la época la teoría psicoanalítica aparecía, sin duda, como una construcción grandiosa, pero que corría el riesgo de hundirse bajo el peso de sus contradicciones y sus zonas de sombra. ¿Cómo podía la transferencia ser a la vez el motor principal de la cura y el gran obstáculo a su efectucción? ¿De dónde procedía la amenaza de castración, cuyo agente debía ser el padre? ¿Cómo podía el

<sup>1</sup> “*Der große Herr Penis*”; véase Sigmund Freud, carta a Wilhelm Fliess del 24 de enero de 1897, en *La Naissance de la psychanalyse*, París: Presses universitaires de France, 1979, p. 166 [trad. esp.: *Fragments de la correspondencia con Fliess*, en *Obras completas* (en lo sucesivo OCF), traducción de J. L. Etcheverry, 24 vols., Buenos Aires: Amorrortu, 1978-1985, vol. 1, 1982, p. 283].

edipo ser inseparable de la teorización infantil sobre la sexualidad y estar condenado a desaparecer con el advenimiento de la pubertad, cuando el carácter edípico del deseo se manifiesta en primerísimo lugar en el adulto? Misterio del amor. Misterio no menos opaco del objeto de la primera satisfacción...

El genio esclarecedor de Lacan modificó la situación teórica respecto de todos estos puntos y muchos otros. Su inventiva se desplegó asimismo en la propuesta del procedimiento del “pase”, destinado a informar a los psicoanalistas sobre ese deseo que hace al analista, y más precisamente sobre el punto de *paso* del analizante al analista. Por desdicha, su puesta en práctica mostró que lo que podía esperarse de él no correspondía en absoluto a nada que pudiese catalogarse como un saber. Ya veremos el efecto de conmoción que tuvo ese fracaso. Y ante todo para el propio Lacan, porque iba en contra del objetivo al que había consagrado su vida. Al mismo tiempo, la escuela que él había fundado se degradaba con el paso de los años, a pesar o, mejor, a causa de su extraordinario éxito, para terminar por ser una corporación profesional más, apenas diferente de las otras instituciones.

Varios capítulos de la tercera parte se dedican a las causas de ese doble fracaso y las lecciones que deben extraerse de él. Los demás tienen un cariz más personal. Exploran una de las paradojas de la enseñanza de Lacan, que me implica en cuanto fui su alumno. Resulta, en efecto, que él fue el único maestro que me permitió aprender algo del psicoanálisis, sin haber manifestado jamás el más mínimo deseo de transmitirme o enseñarme nada. Razón por la cual era aún más sorprendente ver hasta qué punto su deseo de transmisión se desplegaba con libertad en sus seminarios, cuando él se dirigía a quienes agrupaba, diría yo, por mera adición, como “mis alumnos”, en plural.

Tras pensarlo bien, esto me llevó a la conclusión de que la idea de fundar una institución consagrada al servicio de la “causa” psicoanalítica es intrínsecamente antinómica, y su aplicación entraña una consecuencia que la contradice y hasta la convierte en su contrario. En efecto, la explotación de lo que Rank llamó “ficción del movimiento” siempre termina por poner lo real que está en juego en ella (a saber, la formación de los analistas, como señala Lacan) al servicio de los hombres que, por su parte, constituyen la realidad de esa ficción. Lacan, por otra parte, lo sabía mejor que nadie. Me atrevería incluso a decir que, por una suerte de *amor fati*, vio en ello una razón para, padre severo, “per-severar” [*père-sévérer*] a fin de no dejar el terreno libre a la IPA.

Algunos miembros de la vieja Sociedad Psicoanalítica de Viena, muy en particular Tausk, habían desaprobado desde el comienzo la creación

de una asociación psicoanalítica internacional. En 1910 ya consideraban que la idea de una organización destinada a defender “la causa freudiana” era peligrosa en sí misma y anticientífica; la dictaba, más aún, una percepción exagerada de las amenazas que pesaban sobre el psicoanálisis. En la época su opinión era discutible, sin duda. Pero la historia del movimiento psicoanalítico mostró que tenían toda la razón.



PRIMERA PARTE

El movimiento freudiano





## De la Sociedad de los Miércoles a la Asociación Psicoanalítica Internacional

En su autobiografía, titulada *Free Associations*, Ernest Jones consagra un extenso capítulo al “movimiento” psicoanalítico, donde él tuvo un destacado papel desde el comienzo y hasta el final. Le ha consagrado su vida, dice, y sin él su libro no tendría razón de ser. No obstante, tiene la precaución de hablar del “movimiento” entre comillas, justamente para estigmatizarlo. Para él, en efecto, el término se aplica, por desdicha, a los activistas de las sectas religiosas y políticas y no a los investigadores científicos. Cuando Jones se trasladó a Viena (probablemente en 1908, año en que se preparaba el primer congreso de Salzburgo) la palabra ya estaba en boga, para su gran disgusto.

A comienzos del siglo XX estaban llegando a su fin los años de “espléndido aislamiento” que, según el propio Freud, caracterizaron su vida creativa inicial. Habían sido espléndidos, con toda seguridad, aunque cabe dudar de que el aislamiento haya sido tan grande. Gracias a la intervención de una o dos señoras, que se habían contado entre sus pacientes histéricas, Freud terminó, con todo, por obtener el título académico que le permitiría dar sus clases en la universidad. Tuvo entonces entre sus oyentes a Max Kahane —que fue uno de los primeros en leer y hacer leer *La interpretación de los sueños*—, Rudolf Reitler, Adler y Stekel. Este último, además, apeló al psicoanálisis de Freud para superar una dificultad neurótica, cosa que logró con prontitud, pero no sin conservar de la experiencia una llamativa transferencia, que expresaría al proclamar que durante esos años “yo era su apóstol y él era mi Cristo”. Se marca así una tónica que exige una explicación.

En 1900, por su lado, Max Planck descubrió los cuantos. Sabía con toda claridad que ese descubrimiento sentaba las bases de una nueva física, cuya importancia no cedía en nada a la de Newton. Sin embargo, ni él ni nadie de su entorno pensó jamás en la creación de un “movimiento” destinado a proteger de sus adversarios a la nueva física. Claro, la física era una ciencia ya existente como tal desde hacía mucho tiempo, y en ella la distribución de los valores dependía de manera crucial de la experiencia. Freud, por su parte, era el padre del psicoanálisis. Este era su hijo,

creado en exclusividad por él y salido de su cabeza como Atenea de la de Zeus. En cuanto al descubrimiento en que se basaba, se exponía en las páginas de *La interpretación de los sueños*. Puesto que, por más que se hayan escrito innumerables obras sobre “el inconsciente antes de Freud”, y sobre todo entre los románticos alemanes, lo cierto es que nadie, antes de él, había hablado jamás de pensamientos rebeldes por definición a su articulación en palabras. Nadie había considerado que “el chiste”, por ejemplo, significa más de lo que expresa y debe descifrarse por medio de procesos que Freud calificó de “primarios” y describió como los de la condensación y el desplazamiento.

Ahora bien, toda palabra que se anuncia de tal modo como un mensaje sin precedentes tiende a reanimar nuestra relación más primitiva con la palabra: la que se entabla en el momento de nuestro nacimiento. Nacer, en efecto, es entrar a ese lugar rebosante de *sound and fury* al que Lacan dio la denominación de Otro y definió como lugar de la verdad y el lenguaje.

El hecho de que nazcamos así al lenguaje puede parecer obvio, pero ¿por qué también a la verdad? Respuesta: porque, mucho antes de la distinción entre la verdad y el error, la palabra del Otro, cuyo lugar la madre es la primera en ocupar, se acoge como un oráculo. Mucho antes de que la ley se articule en palabras donde se expresa una voluntad, la palabra *ya* legisla. Ya brinda sus respuestas relativas a lo que el sujeto es o quiere ser, como a lo que tiene que hacer o saber. Tocamos aquí la fuente oscura de la autoridad del Otro, que hace de nosotros la víctima sometida de antemano a todas sus sugerencias. Puesto que a ese Otro no solo se le supone saber, sino que, además, su saber prescribe lo que corresponde. En síntesis, el Otro es divinizado, como Freud lo fue en su tiempo. Stekel, ese hombre versátil, escritor prolífico y ávido de inventiva, y cuyo destino se selló de manera tan triste, lo escribió con claridad meridiana. Pero ¿quién dirá que Stekel era el único apóstol?

Comoquiera que sea, tal vez se comprenda mejor el clima reinante en la “Sociedad de los Miércoles” a comienzos de su existencia. Esta sociedad se creó en 1902 por sugerencia del mismo Stekel. La componían cuatro miembros, cuyos nombres ya he mencionado. Freud era el quinto, y las reuniones se realizaban en su casa. No tardaron en incorporarse otras personas, entre ellas Max Graf, a quien debemos una descripción memorable de la atmósfera que se respiraba esos miércoles:

Las reuniones obedecían a un ritual bien definido. Para empezar, uno de los miembros hacía una comunicación; luego se servían café negro y tortas. Sobre la mesa había cigarros y cigarrillos y se fumaba mucho. Luego de un cuarto de hora de distensión, se iniciaba la discusión.

Freud tenía siempre la última palabra y era él quien zanjaba el debate. En esa habitación nos sentíamos como si participáramos en la fundación de una religión. Freud era su profeta y su palabra tornaba obsoletos todos los métodos de investigación psicológica practicados por entonces.<sup>1</sup>

Era esta visión de Freud como papa y profeta lo que tanto irritaba a Jones. Lo afectaba en lo más constitutivo de su ser, su ideal del yo; y en lo más querido, su yo ideal, que no era en absoluto el de un religioso sino el de un hombre de ciencia. Con la salvedad de que era un hombre de ciencia que no lograba evitar una contradicción fundamental. En efecto, a la vez que proclamaba su repugnancia a utilizar los términos “movimiento” y “causa”, confesaba haber sido él mismo el instigador del “comité secreto”, que debía justamente velar por la causa en cuestión. Ese comité, al que volveré, se fundaba en “la obligación de unión” entre sus miembros, al precio del sometimiento de cada uno a la censura de “todos”. Y su acción fue sin lugar a dudas una novedad en la historia de las ciencias.

Jones tiene razón, desde luego, al decir que Freud no era un papa. Le creemos de buena gana, además, cuando afirma que, entre los analistas vieneses a quienes conoció en 1908, no había uno solo que no tuviera una opinión diferente de la de Freud sobre tal o cual punto. Pero la cuestión no es saber si Freud era un hombre de ciencia o no. La cuestión es saber cómo y por qué un hombre de ciencia como él llegó a ponerse en la situación de jefe de un movimiento. De hecho, si Jones siempre se sintió incómodo en lo referido al “movimiento” que ocupó toda su vida, era precisamente por no poder responder a ese interrogante o, mejor, por no poder planteárselo de verdad, debido a la oposición, “evidente” a sus ojos pero en realidad puramente verbal, entre lo religioso y lo científico. También por eso terminó por conformarse con afirmar, respecto de este punto, que al comparar a Freud con un papa “uno se valía de una pizca de verdad para dar una falsa imagen de la realidad”. ¿Qué hacer, en efecto, con semejante afirmación, como no sea tomarla con la mayor prudencia? Puesto que Jones se guardó muy bien de decirnos quién se ocultaba bajo ese *uno*, y aún más cuál era la *pizca* de verdad.

Comencemos por la primera cuestión, que Jones deja en suspenso. Los adversarios del psicoanálisis –que los había, a no dudar– no eran los únicos en hablar del “movimiento freudiano”. Sus propios partidarios eran los primeros en considerarse militantes. ¿Quiénes eran?

<sup>1</sup> Citado en Peter Gay, *Freud, una vie*, París: Hachette, 1991, col. “Pluriel”, vol. 1, p. 289 [trad. esp.: *Freud: una vida de nuestro tiempo*, Barcelona: Paidós, 1990].

En 1906, año en que Freud llegó a la cincuentena, la cantidad de participantes en las reuniones de los miércoles se había tornado tan importante que fue preciso contar con un secretario para redactar las minutas de los intercambios que se producían. Quien se ocupó de esa tarea fue Rank, que había sido presentado a Freud por Adler. En 1908 el grupo creció aún más, al extremo de generar el llamado fenómeno de “nivelación para abajo”. Irritado o alarmado, Freud dio el ejemplo de la primera autodisolución en la historia del movimiento psicoanalítico. Ese año encontró la manera de poner diestramente fin a la Sociedad de los Miércoles y anunciar la creación de la Sociedad Psicoanalítica de Viena. Esta entidad estaba abierta tanto a los miembros del viejo grupo que quisieran renovar su adhesión como a los recién llegados.

¿Quiénes eran los miembros de esa nueva sociedad? En su inmensa mayoría, los psicoanalistas de la primera y la segunda generación eran, según las palabras de Helmut Dahmer:

judíos intelectuales alemanes, hombres de perspectiva cosmopolita, dedicados al dios Logos, trabajadores independientes sin herencia, medicastros que se asignaban una misión cultural revolucionaria, librepensadores y bohemios, eruditos sin profesorado, mentes interesadas en las ciencias sociales y filántropos, revolucionarios y utopistas. Socialmente pertenecían a la clase media acomodada, pero no por ello dejaban de denunciar las mentiras sobre las cuales descansaba la vida de los integrantes de esa clase. Los médicos y psicólogos establecidos solo podían contar con el desprecio y la discriminación. En lo político eran de mentalidad liberal o bien simpatizaban con los movimientos obreros, aunque los intelectuales y los funcionarios los quisieran muy poco. Eran adversarios decididos de la Iglesia, del Estado autoritario y de la cultura represiva y, por consiguiente, se los maldecía como “perturbadores”, “decadentes” y “anarquistas”.<sup>2</sup>

Esta descripción puede parecer exagerada o al menos inexacta si se la compara con la imagen que tenemos de algunos analistas, como Helene Deutsch o, más tardíamente, Richard Sterba, quienes no dan en absoluto la impresión de haber sido marginales. Lo indiscutible, en cambio, es que los analistas vieneses de las primeras generaciones veían en el psicoanálisis el instrumento de una liberación individual y social. Y también que

<sup>2</sup> Helmut Dahmer, “The varying fortunes of the ‘psychoanalytical movement’”, en Johannes Cremerius (comp.), *The Future of Psychoanalysis*, Londres: Open Gate Press, 1999, p. 42.

todos consideraban a Freud como el jefe indiscutido de un movimiento. Pero ¿lo era, realmente? Para ser más preciso: ¿la imagen que se tenía de él correspondía a la concepción que Freud se hacía de sí mismo? En este punto tocamos la “pizca de verdad” de la que habla Jones y la segunda cuestión, que él deja en suspenso.

Freud se consideraba efectivamente el jefe de un movimiento, que traducía la adhesión a sus descubrimientos científicos y debía trabajar por difundirlos, si no por enriquecerlos. Era inevitable que adoptara esa posición, porque sus descubrimientos fundaban una ciencia que, en todos los sentidos del término, no tenía *su lugar* en la universidad. Además, siempre temió morir de manera prematura, antes de conseguir el reconocimiento del psicoanálisis en el plano científico más allá del círculo de intelectuales judíos que lo rodeaban. Para él, en efecto, las reuniones de los miércoles se parecían en demasía a un anexo del B'nai B'rith. Por eso siempre esperó encontrar un “príncipe heredero” *goy*, que garantizara la supervivencia de su obra después de su muerte.

Jones estaba convencido de que el “primer pundonor del hombre de ciencia es poner la verdad por encima de cualquier otra cosa”.<sup>3</sup> Con seguridad, Freud no compartía ese fanatismo por la verdad, al cual tendremos que volver. Pero era un auténtico representante de la tradición de la Ilustración y de su epistemología, que se remonta a Bacon, Descartes y Spinoza. Una epistemología optimista según la cual, como escribe Karl Popper, “la verdad, una vez develada en su desnudez, siempre sería reconocible como tal”.<sup>4</sup> Y cuando no lo es, “la razón debe buscarse en nuestra negativa culpable a ver esa verdad, no obstante manifiesta, o en los prejuicios que la educación y la tradición han inculcado en nuestra mente, o en otras influencias perniciosas que han pervertido la pureza e inocencia originales de esta”.<sup>5</sup> Se advertirá la afinidad de esta teoría del complot oscurantista contra la verdad con la famosa “resistencia” al análisis identificada por Freud, y magnificada en su autobiografía por Jones, en proporción al coraje exigido para enfrentarse a ella. Popper, por lo demás, no llega a pretender que esta teoría no contiene la más mínima parte de verdad. Pero estima que “constituye en lo esencial un mito, y sucede lo

<sup>3</sup> Ernest Jones, *Free Associations: Memories of a Psychoanalyst* (1959), New Brunswick (Nueva Jersey): Transaction Publishers, 1990, p. 192.

<sup>4</sup> Karl R. Popper, *Des sources de la connaissance et de l'ignorance*, París: Rivages, 1998, col. “Poche”, p. 34 [trad. esp.: “Sobre las fuentes del conocimiento y de la ignorancia”, en *Conjeturas y refutaciones: el desarrollo del conocimiento científico*, Barcelona: Paidós, 1983, pp. 23-54].

<sup>5</sup> *Ibid.*, pp. 35-36.

mismo con la doctrina del carácter manifiesto de la verdad en la que tiene su origen”.<sup>6</sup>

Ahora bien, esa parte de verdad que contiene la teoría del complot se constata innegablemente en el caso de Freud. Sus tesis sobre la existencia de la sexualidad infantil y el papel de la sexualidad en la determinación de las neurosis, sin hablar de su carácter general como perversión polimorfa, chocaron efectivamente con la moral social y el discurso universitario que era solidario de esta. Lo que se jugaba, es cierto, era nada menos que la verdad, la cual no deja de tener sus militantes, siempre dispuestos a combatir en defensa de “la causa”. Pero el resultado no se hizo esperar: los esfuerzos destinados a organizar y dirigir el movimiento psicoanalítico se impusieron al trabajo de dilucidación conceptual, en el momento mismo en que las teorías freudianas tenían la mayor necesidad de este.

Para enunciar sus teorías Freud se sirvió de los significantes del lenguaje común y corriente. ¡Cabe preguntarse, por otra parte, cómo habría podido hacerlo de otro modo! Pero en la práctica fue el único en trabajarlos, en esforzarse por dar a sus significantes un sentido preciso, que los librara de la ambigüedad y el equívoco debidos a sus diferentes usos. Así lo muestran, en particular, sus escritos sobre los conceptos metapsicológicos o los concernientes a “El yo y el ello”, e incluso a “Inhibición, síntoma y angustia”. Señalaremos además, de paso, que aún hoy los arquitectos de los libros negros antipsicoanalíticos levantan sus falaces edificios basándose en el mismo hecho. Esto es, que todo el mundo cree saber lo que quieren decir “inconsciente”, “pulsión”, “objeto”, “narcisismo”, etcétera.

Sea como fuere, hay que reconocer que la obra de Freud, tal como este nos la ha dejado, contenía más de un punto muerto teórico. También hay que reconocer que, para entrever la posibilidad de superar esos puntos muertos, fue preciso esperar a Lacan y los conceptos básicos forjados por él: entre ellos los del Otro, el sujeto barrado ( $\$$ ), sus distinciones entre el deseo y la demanda, entre lo simbólico, lo imaginario y lo real, etc. Pero, mientras esperaba su “retorno a Freud”, la historia del psicoanálisis no se detuvo: se convirtió en la historia del movimiento psicoanalítico. Tendremos pues el mayor interés en volver a esa historia si queremos evaluar su contribución al progreso del psicoanálisis y verificar si, antes bien, no lo paralizó e incluso lo desfiguró.

Para Jones las cosas eran simples. Por un lado estaban los descubridores “revolucionarios”, los Darwin, los Copérnico, los Freud, cuyo intrépido coraje había que saludar. Y por otro, la resistencia interna que el

---

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 39.

común de los hombres debía superar para acceder a las verdades descubiertas por esos seres excepcionales. Esto lo llevaba a dividir a los pioneros del psicoanálisis en cuatro grupos, de acuerdo con sus reacciones ante las tesis de Freud.

Estaba el grupo de quienes se contentaban con idolatrar al jefe, una minoría de mentes más débiles, *weaker-minded*, que lo consideraban como un oráculo infalible y a la vez descargaban en él toda la responsabilidad que le incumbía (Jones no dice cuál era) sin pensar en compartir su peso. Estaban quienes, en procura de mantener su independencia de juicio, se aferraban a disputas menores e irritantes acerca de cuestiones de detalle. Estaban también aquellos que, tras un arrebatado de adhesión entusiasta, daban un paso atrás luego de comprender lo que habían hecho. En la búsqueda de una puerta de salida, reinterpretaban entonces los hechos con el objeto de reducir su nocividad. Así sucedió con “separatistas” como Adler y Jung, entre otros. Y, para terminar,

algunos de nosotros estábamos dispuestos a cargar con la responsabilidad [sigue sin decir cuál] y hacer todo lo que pudiéramos para combinar la percepción de esos asombrosos descubrimientos con la moderación que conviene a los investigadores científicos. Abraham, desde Berlín, compartía por entero esa actitud conmigo; en gran medida, otro tanto hacía Ferenczi, e igualmente Putnam, a su modo.<sup>7</sup>

Esta división cuatripartita es indudablemente inseparable de ciertas creencias de Jones. A su entender, todo pionero debía en un primer momento superar “resistencias” personales, internas, antes de estar en condiciones de desgarrar el velo que hasta ahí le ocultaba un aspecto determinado de la verdad. En ello estribaba, en efecto, la esencia de su realización en cuanto pionero.<sup>8</sup> Esas resistencias se ponían infaliblemente en marcha en función de su conexión con algunos pensamientos y emociones inconscientes. Y las más poderosas, en tal caso –las que representan la traba más grande al progreso científico–, estaban siempre ligadas a la idea de Dios. De modo que cada paso adelante equivalía a una toma de distancia con respecto a esa idea y aparecía como una blasfemia. Para Jones la segunda mitad del siglo XIX había sido, más que cualquier otra época, la de mayor audacia en ese sentido. Por primera vez en la historia humana se trataba, no solo de eludir las resistencias debidas a asociaciones indirectas con lo sagrado, “sino de ver cara a cara, sentir, comprender

<sup>7</sup> E. Jones, *Free Associations...*, *op. cit.*, pp. 194-195.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 196.

y superar las últimas resistencias internas en su forma desnuda”.<sup>9</sup> Esa era la proeza sin par de Freud, afirmaba Jones. El resto de este discurso exaltado es fácil de adivinar. La proeza no era para todos. Algunos encontraron imposible de soportar la intensidad de la luz. Tras volver a poner el velo en su lugar, tuvieron pues la satisfacción de recibir los aplausos de un mundo perturbado por la cercanía, aunque todavía no fuera tanta, de la nueva verdad.

En síntesis, como podrá verse, la verdad no era para Jones algo que se elabora como un saber teórico, siempre revisable, ni lo que se significa en diagonal como fantasma o mentira. Estaba allí desde siempre, oculta detrás de un velo, y bastaba con desgarrar este para que se revelara con un resplandor insoportable para muchos. Propositiones como esa nos sumen en la perplejidad, y nos preguntamos: si esto no es religión, ¿qué es? Pero miremos las cosas con mayor detenimiento.

Toda hagiografía implica una parte de ceguera que asombra mucho más cuando el autor es un analista: ¿cómo no ver que cuando se pone a alguien en un pedestal es para trepar a este con él? Mal que le pesara a Jones, el psicoanálisis *era* un movimiento, y era imposible que fuera otra cosa, puesto que se trataba de una nueva disciplina que debía conquistar su lugar en un mundo social y universitario hostil. Y Freud *era* el jefe de ese movimiento de conquista. Más aún, tenía la determinación y la capacidad de serlo, aun cuando tal vez prefiriera otras ocupaciones. Kakania –traemos a colación el nombre acuñado por Musil para designar el Imperio austrohúngaro– sufría la hipocresía de su moral social. También estaba gangrenada por el antisemitismo, asesino no del padre ni de Dios, sino de la palabra como tal. Pues un antisemita no habla con un judío: le exige que baje de la acera. Es otra cosa.

Los años 1907-1908 marcaron un nuevo punto de inflexión. Fueron los años en que psiquiatras procedentes de diferentes ciudades europeas y americanas, Berlín, Londres, Nueva York, Zúrich, Budapest, encontraron la estrella que los guiaría al domicilio de Freud, 19 Berggasse, y a la Sociedad de Viena. Y eran tan numerosos que la idea de realizar un primer congreso de psicoanálisis surgió con toda naturalidad. El congreso se reunió en Salzburgo el 27 de abril de 1908. El programa y la lista de participantes figuran en *Las reuniones de los miércoles*.<sup>10</sup>

<sup>9</sup> *Ibid.*

<sup>10</sup> Herman Nunberg y Ernst Federn (comps.), *Les Premiers psychanalystes: minutes de la Société psychanalytique de Vienne*, vol. 1, 1906-1908, París: Gallimard, 1976, p. 401 [trad. esp.: *Las reuniones de los miércoles: actas de la Sociedad Psicoanalítica de Viena*, vol. 1, 1906-1908, Buenos Aires: Nueva Visión, 1979].